

de, amarillo, encarnado y azul, lo que les hace parecer muy feos y les dá un aspecto feroz. Mantienen guerra contra los españoles, quienes muchas veces los han tratado cruelmente; porque de los españoles no hay que esperar humanidad. Viéndonos ellos al desembarcar, creyeron que éramos sus enemigos los españoles de la frontera; y habiendo sabido por sus exploradores cuántos éramos, y cuán débiles, flacos y desprovistos de armas ofensivas y defensivas estábamos, de repente, como acostumbra cuando encuentran con gente armada, alzaron un alto y temeroso grito, y vinieron en furiosa carrera sobre nosotros, disparando sus flechas, espesas como granizo. Forzoso nos fué entregarnos á su discrecion, puesto que no teníamos ninguna especie de armadura ni arma con que hacer resistencia, sino una escopeta y dos espadas viejas y mohosas. Viste por ellos que solo pedíamos favor y piedad de su parte, y que no éramos sus enemigos los españoles, se compadecieron de nosotros, llegaron y nos mandaron sentar. Despues que nos hubieron examinado y héchese cargo de todo, vinieron á los que tenían ropa de color, y á esos los dejaron totalmente desnudos, llevándose la ropa: mas á los que estaban vestidos de negro, nada les quitaron. Marcháronse luego, sin hacernos otro daño, bien que en la primera acometida nos habian ya matado ocho hombres. Al separarnos, viendo cuán desfallecidos estábamos, nos indicaron con la mano el rumbo que habíamos de tomar para ir á un pueblo de españoles, que segun despues vimos estaba á diez leguas de allí, y nos decian: «Tampice, Tampice cristiano: Tampice, cristiano;»<sup>1</sup> es decir, segun entendimos, que en Tampice encontraríamos cris-

<sup>1</sup> Estas palabras están en español en el original.

tianos. No usan otras armas que arcos y flechas; pero tienen puntería tan certera, que muy rara vez yerran el blanco. Poco despues que nos dejaron despojados, como queda dicho, nos pareció mejor dividirnos en dos compañías; y hecha la separacion, la mitad nos fuimos á las órdenes de un Antonio Godard, que todavía vive, y al presente reside en la ciudad de Plymouth, á quien ántes de separarnos habíamos escogido por capitán de todos. Los que fueron con él (entre ellos yo, Miles Philips) caminaron á Poniente por el rumbo que los indios nos habian indicado. La otra mitad fué al mando de un Juan Hooper, á quien eligieron por capitán, y uno de los que con él iban era David Ingram: tomaron estos hácia el Norte, y al cabo de dos dias volvieron á encontrarse con los salvajes, cuyo encuentro costó la vida al capitán Hooper y á dos de sus compañeros: dividiéronse entónces otra vez, y unos continuaron su mismo camino al Norte, mientras que otros, sabiendo que habíamos ido hácia Poniente, trataron de reunirse con nosotros, como en efecto, á los cuatro dias se nos juntaron unos veinticinco ó veintiseis. Luego hicimos cuenta de cuántos habíamos desembarcado, y hallamos ser ciento catorce, dos de los cuales se ahogaron en el mar, y ocho murieron en el primer encuentro con los indios, de manera que quedaban ciento cuatro. Veinticinco<sup>1</sup> de estos fueron á Poniente con nosotros, y cincuenta y dos al Norte con Hooper é Ingram. Segun este me ha dicho despues muchas veces, no pasaron de tres los muertos de su compañía, y como solo veintiseis vinieron á reunirse con nosotros, resulta que de los que fueron para

<sup>1</sup> El 25 está con números en el original, y es indudable que hubo una trasposicion de cifras, debiendo leerse 52. De ese modo se completa exactamente el número de 104 hombres, y se verifica que la gente se dividió en dos mitades. Nada de esto sucede con el número 25.

el Norte faltan veintitres hombres, de que no ha vuelto á tenerse noticia. Y en verdad pienso que algunos viven todavía y están casados en aquella tierra, en Cibola, de lo cual me propongo tratar despues mas particularmente, con el favor de Dios, dando las razones y motivos que me hacen pensar así de los que faltaron, que fueron David Ingram,<sup>1</sup> Twide, Browne y otros varios, de cuyos nombres no me acuerdo.

Reunidos así otra vez, continuamos caminando á Poniente; unas veces por entre bosques tan espesos que con garrotes teníamos que quebrar las zarzas y matorrales para que no destrozasen nuestros desnudos cuerpos: otras veces atravesando por llanos de yerba tan alta que apenas podíamos vernos unos á otros. Sucedia que de pronto caian muertos algunos de nuestros compañeros, heridos por los indios que se escondian tras de los árboles y matorrales, y desde allí mataban á los nuestros al paso, porque íbamos desparramados, buscando frutas con que alimentarnos. Muy á menudo nos veíamos muy molestadísimos por una especie de mosca que los indios llaman en su lengua *tequani* y los españoles mosquito: hay en aquella tierra otras muchas especies de moscas; pero ninguna tan molesta como estos *tequanis*: casi no es posible verlos, porque son tan pequeños que apenas llegan al tamaño de un cínife; pero chupan grandemente la sangre, y no hay que matarlos á donde están chupando, porque son tan venenosos, que la parte se hincha desmedidamente, como si fuera picada de avispa ó abeja, siendo así que si se les consiente chupar á su antojo y marchar cuando quieren, no hacen otro daño que

<sup>1</sup> David Ingram no pudo ser de los desaparecidos, puesto que despues de estos sucesos habló muchas veces acerca de ellos con el autor. Este, á pesar de la promesa que aquí hace, no vuelve á hablar de sus compañeros perdidos.

dejar una roncha, mayor á veces que un piquete de pulga. Al principio nos molestaba horriblemente esta clase de moscos, por no conocer su condicion, ni tener defensa contra ellos, pues íbamos desnudos: lo que es el frio no nos daba pena, porque la tierra es siempre muy caliente. Mientras caminamos de ese modo diez ó doce dias, nuestro capitán hacia á cada rato que algunos subiesen á árboles altos, para ver si lograban descubrir algun pueblo ó lugar habitado; pero nada veían. Al fin, á fuerza de repetir esta diligencia de trepar á los árboles descubrieron un gran rio que corria del Noroeste á entrar en el mar, y á poco se oyó un tiro de arcabuz, cosa que nos reanimó mucho, porque nos hizo conocer que estábamos cerca de cristianos, y por consiguiente esperábamos ser socorridos muy pronto. Al cabo de una hora de camino oímos cantar un gallo, lo que nos causó no poca alegría, y por último llegamos á la orilla del rio Pánuco, donde los españoles tienen unas salinas, y allí dispararon el tiro de arcabuz que ántes habíamos oído: no venimos directamente á este lugar, sino que por haber errado el camino, le dejamos como un tiro de ballesta á nuestra izquierda. Bebimos ansiosamente en este rio, porque habia seis dias que no encontrábamos agua; y cuando estábamos descansando en la ribera y suspirando por llegar al pueblo donde dispararon el arcabuz y cantó el gallo, vimos subir y bajar por el otro lado del rio muchos españoles de á caballo, los cuales, cuando nos vieron, pensaron que éramos de los indios chichimecos, sus vecinos enemigos. El rio no tiene de ancho mas de medio tiro de ballesta, y desde luego uno de los españoles tomó un barco de los indios, que llaman canoa, y pasó en él con dos indios remeros. Habiendo hecho su reconocimiento, regresó á jun-

tarse con los otros españoles, quiénes sin dilacion reunieron unos veinte de á caballo, y embarcándose en canoas, llevando los caballos por las riendas, á nado tras ellos; llegados á la orilla donde estábamos, ensillaron sus caballos, y montando en ellos, vinieron á carrera sobre nosotros, hostilmente y con lanza en ristre. Nuestro capitán Antonio Godard, viéndolos venir de aquella manera, nos persuadió que nos rindiésemos, porque desnudos como estábamos y sin armas, no podíamos oponer resistencia alguna. Obedecimos la orden, y al rendirnos notaron que éramos cristianos: pidieron entónces mas canoas, y nos pasaron de á cuatro en cada una. Puestos al otro lado, nuestro capitán les hizo entender el tiempo que llevábamos de no tomar alimento, y nos dieron para cada dos un pan hecho del grano de la tierra, llamado *maíz* por los españoles, cuyos panes serian del tamaño de los nuestros de á medio penique, y los indios los llaman *clashacally*. Pareciónos el dicho pan muy dulce y agradable, porque hacia mucho tiempo que no comiamos nada: ¿y qué cosa hay que el hambre no haga parecer dulce y sabrosa? Despues de repartido el pan, los hombres fueron enviados por delante al pueblo, bajo la custodia de muchos indios vecinos del mismo; mas á los muy jóvenes, como muchachos, y á los muy débiles, los tomaron en ancas, y así nos llevaron al pueblo donde residian, que estaba casi á una milla del punto en que habíamos pasado el rio.

El pueblo tiene buen asiento y abundancia de toda clase de frutas, como naranjas, limones, granadas, chavacanos, duraznos y otras. Está poblado de gran número de indios mansos, ó mexicanos, y tenia tambien entónces unos doscientos españoles, hombres, mujeres, y niños, ademas de los negros. Sacan gran provecho de sus salinas,

que están al lado occidental del rio, á distancia de una milla larga, porque la sal es allí una mercancía excelente. Los indios compran mucha y la llevan la tierra adentro, donde la venden á los otros indios, doblando el precio. Tambien mucha de la sal que aquí se hace se lleva por mar á diversas partes, como á Cuba, San Juan de Ulúa, y los otros puertos de Tamiago y Tamachos, que son dos rios con barras, á mas de sesenta leguas de San Juan de Ulúa, al S. O. Cuando llegamos todos al pueblo, mostróse el gobernador muy severo con nosotros, y amenazó ahorcarnos á todos: preguntónos qué dinero traíamos, que á la verdad era bien poco, porque los indios que primero encontramos nos habian quitado todo, como quien dice, y de lo que dejaron habian tomado tambien una buena parte los españoles que nos trajeron. Con todo, de Antonio Godard hubo el gobernador una cadena de oro que le habia dado en Cartajena aquel gobernador, y de otros recojió algunas cantidades en dinero; de suerte que segun calculamos, sacó de todos como quinientos pesos, sin contar la cadena de oro.

Satisfecho con habernos quitado todo cuanto teniamos, mandó ponernos en una casita muy parecida á una zahurda, donde casi nos ahogábamos. Antes de encerrarnos en aquella estrechura, nos dió un poco de trigo de la tierra, ó *maíz* cocido, que es el alimento de sus puercos. Muchos de los nuestros que habian sido heridos en el primer encuentro con los indios, y cuyas heridas estaban muy enconadas y dolorosas, pedian que sus cirujanos los curasen; pero el gobernador y casi todos ellos dijeron, que no tendríamos mas cirujano que el verdugo, quien nos curaria perfectamente de nuestros males. Y así oyéndonos insultar y llamar «perros ingleses» y «herejes luteranos» permanecimos tres dias en tan mi-

serable estado, sin saber qué seria de nosotros, y esperando por momentos que nos quitasen la vida.

#### CAPITULO IV.

Donde se refiere cómo nos trataron en Pánuco, y el continuo temor de muerte en que estuvimos; cómo fuimos llevados á Mexico ante el virey, nuestra prision allí y en Tezcuco, buenos y malos tratamientos que recibimos en ese tiempo, y cómo al fin nos sentenciaron por pregon á servir de esclavos á varios caballeros españoles.

Al cuarto dia de nuestra llegada, continuábamos en la misma duda, aguardando la hora de la muerte, cuando vimos llegar muchos indios y españoles armados que venian á sacarnos de la casa, y entre ellos percibimos uno que traia gran cantidad de sogas nuevas, cuya vista nos causó grandísimo terror, calculando que no habia duda de que era llegada nuestra última hora: así es que invocando á Dios y pidiéndole piedad y perdon de nuestras culpas, nos preparamos todos para morir. Mas no se trataba de eso, segun despues se vió, porque habiéndonos sacado de la casa, nos ataron las manos atras, y así atados de dos en dos nos mandaron marchar por medio del pueblo, y luego por el campo, de lugar en lugar, hácia la ciudad de México, que dista de Pánuco noventa leguas al S. O., llevando por conductores solo dos españoles, acompañados de un gran número de indios con arcos y flechas, que iban á ambos lados en dos hileras para que no nos escapásemos. Caminando en este orden, á los dos dias llegamos por la noche á un pueblo que los indios llaman Nohele y los españoles Santa María, en cuyo pueblo hay un convento de frailes dominicos que nos trataron muy bien y nos dieron comida caliente, esto es, caldo y carne, así como vestidos para cubrirnos, hechos de bayeta blanca. Comimos con ansia la carne, y de una fruta indígena llamada *nochole*, larga y pequeña, muy semejante en la figura á un pepi-

nito. Este hartazgo nos costó enfermedades de fiebres intermitentes. Uno de nuestros compañeros, llamado Tomás Baker, que en el primer encuentro habia sido herido de un flechazo en la garganta, murió aquí á consecuencia de la herida.

La mañana siguiente, á cosa de las diez, continuamos el viaje á México, atados de dos en dos y custodiados como ántes. Llegamos á un pueblo que está á cuarenta leguas de México, llamado Meztitlan, donde hay un convento de frailes agustinos: tiene el pueblo unos trescientos españoles, entre hombres, mujeres y niños. Los frailes nos enviaron comida ya guisada, y tanto ellos como los españoles, hombres y mujeres, nos trataron muy bien y nos dieron camisas y otras cosas que habíamos menester. Aquí nos vimos muy malos de calenturas, y con haber comido de otra fruta que los indios llaman en su lengua *guiaccos*, nos pusimos tan estreñidos, que en diez ó doce dias no pudimos desahogarnos. A otro dia partimos con nuestros dos españoles y escolta de indios, como siempre: de los dos españoles, el uno era un viejo que todo el camino nos trató perfectamente y tenia cuidado de adelantarse para prevenirnos comida y lo demas necesario, como mejor podia. El otro era un joven que durante toda la jornada no nos dejó ni se apartó nunca de nosotros, y era un cruelísimo bribon: llevaba en la mano una jabalina, y á veces, cuando alguno de los nuestros, de puro débil, no podia andar tan aprisa como él queria, tomaba la jabalina á dos manos y se la descargaba en el cuello con tal violencia, que le derribaba en tierra, diciendo á voces: «Marchad, marchad, ingleses perros, luteranos, enemigos de Dios.»<sup>1</sup> Al dia

<sup>1</sup> Estas palabras se hallan en español en el original.

siguiente llegamos á un pueblo llamado Pachuca, y es de saber que hay dos lugares del mismo nombre: este pueblo y las minas de plata que están á seis leguas de él al N. O.

Compadecido de los enfermos y débiles, el buen viejo nuestro conductor nos permitió que reposásemos aquí dos dias completos, con gran enojo del jóven su compañero. Salimos al fin, y caminamos cuatro ó cinco dias por pueblos pequeños y estancias, que son las granjas ó quintas de los españoles; y siempre que lo necesitábamos, el buen viejo continuaba proveyendonos de suficiente comida, frutas y agua para nuestro sustento. En cinco dias llegamos á un pueblo á cinco leguas de México, llamado Quoghliclan (Cuautitlan), donde tambien descansamos un dia y dos noches: hay un hermoso convento de frailes franciscanos; pero no vimos á ninguno de ellos. Aquí nos dijeron los vecinos españoles, que ya no nos faltaban mas que quince millas inglesas para llegar á México; cuya noticia nos llenó de alegría, esperando que una vez llegados, ó nos aliviarían y desatarían, ó nos quitarían pronto la vida; pues aunque de algunos recibiamos buen tratamiento, bastaba con vernos llevar así atados de lugar en lugar, para que no lográsemos contento ni descanso, hasta que por la muerte ó por cualquier otro medio tuviese fin semejante cautiverio.

A otro dia, de mañana, caminamos para México hasta ponernos á dos leguas de la ciudad, en un lugar donde los españoles han edificado una magnífica iglesia dedicada á la Virgen. Tienen allí una imagen suya de plata sobredorada, tan grande como una muger de alta estatura, y delante de ella y en el resto de la iglesia hay tantas lámparas de plata como dias tiene el año, todas las cuales se encienden en las

fiestas solemnes. Siempre que los españoles pasan junto á esa iglesia, aunque sea á caballo, se apean, entran á la iglesia, se arrodillan ante la imagen, y ruegan á Nuestra Señora que los libre de todo mal; de manera que, vayan á pié ó á caballo, no pasarán de largo sin entrar á la iglesia y orar como queda dicho, porque creen que si no lo hicieran así, en nada tendrían ventura. A esta imagen llaman en español *Nuestra Señora de Guadalupe*. Hay aquí unos baños frios que brotan á borbollones como si hirviera el agua, la cual es algo salobre al gusto, pero muy buena para lavarse los que tienen heridas ó llagas, porque segun dicen ha sanado á muchos. Todos los años, el dia de la fiesta de Nuestra Señora, acostumbra la gente venir á ofrecer y rezar en la iglesia ante la imagen, y dicen que Nuestra Señora de Guadalupe hace muchos milagros. Al rededor de esta iglesia no hay poblacion de españoles, pero algunos indios viven en sus chozas campestres.

Vinieron á encontrarnos aquí muchos españoles de á caballo, así caballeros como mercaderes, que salian de México á vernos como quien viene á ver una maravilla. Nos fué mandado continuar nuestro viaje, y á cosa de las cuatro de la tarde del mismo dia, entramos en la ciudad de México, por la calle llamada de Santa Catarina, sin detenernos en ninguna parte, hasta llegar al palacio del virey D. Martin Enriquez, que está en medió de la ciudad, cerca de la plaza del mercado, llamada la plaza del Marques. No habiamos estado mucho tiempo en aquel lugar, cuando nos trajeron del mercado los españoles gran cantidad de car-

1 Hé aquí un testimonio expreso del culto de Nuestra Señora de Guadalupe, mas antiguo que cuantos reunieron D. Juan B. Muñoz y sus impugnadores. Corre impreso desde 1600, y nadie ha hecho caso de él en disputa tan acalorada.

ne suficiente para alimentar un número de gente cinco veces mayor: algunos nos dieron sombreros, y otros dinero. Estuvimos allí dos horas, y luego nos llevaron por agua, en dos grandes canoas, á un hospital donde estaban alojados algunos de los nuestros que fueron cojidos ántes del combate de San Juan de Ulúa: debiamos haber ido al hospital de Nuestra Señora; pero ya habia allá tantos de los prendidos en el dicho combate, que no quedaba lugar para nosotros. Dentro de los catorce dias de nuestra llegada, murieron muchos de los de la compañía en que vine desde Pánuco. Poco despues nos sacaron de allí, y nos juntaron á todos en el hospital de Nuestra Señora, donde fuimos tratados humanamente y visitados con frecuencia por señoras y caballeros virtuosos de la ciudad, que nos traian diversas cosas para confortarnos, como acitrones, marmeladas y otros regalos por el estilo, y á menudo nos daban muchas cosas, todo con gran liberalidad. Permanecimos en dicho hospital por espacio de seis meses, hasta que estuvimos todos curados, y entónces mandó el virey que nos llevaran á la ciudad de Tezcuco, situada á ocho leguas al S. O. de México, en cuya ciudad hay unas casas de correccion y castigo para los malos, llamadas *obrajes* (como Bridewell aquí en Lóndres) donde hay indios vendidos por esclavos, unos por diez años y otros por doce. No fué pequeña pesadumbre para nosotros cuando supimos que habian de llevarnos allá para ser tratados como esclavos: habriamos preferido ser condenados á muerte; <sup>1</sup> pero no quedaba otro remedio, sino que fuimos llevados á la prision de Tezcuco, donde no

nos hicieron trabajar en nada, contentándose con tenernos estrechamente guardados y casi muertos de hambre. Mas por misericordia de Dios nos encontramos allí con un Roberto Sweeting, hijo de inglés y española, que hablaba muy bien la lengua inglesa, y por cuyo medio fuimos muy socorridos de los indios con varios comestibles, como carnero, gallinas y pan. A no ser por este auxilio, de seguro perecemos; empero lo que por ese lado conseguíamos era siempre muy poco. Y continuando en semejante encierro por espacio de dos meses, resolvimos al fin quebrantar la cárcel, sucediera lo que sucediese, porque mejor queriamos sufrir la muerte, que permanecer mas tiempo en tan miserable estado. Habiendonos, pues, evadido de la prision, no sabiamos qué camino tomar para ponernos en salvo: la noche estaba oscura y llovía á cántaros; no teniamos guia y andábamos á la ventura, de manera que al amanecer nos venimos á encontrar muy cerca de la ciudad de México, que está á veinticuatro millas inglesas de Tezcuco. Aclarado el dia, fuimos descubiertos por los españoles, perseguidos, presos, y llevados ante el virey y justicias mayores, quienes nos amenazaron con ahorcarnos por haber quebrantado la cárcel del rey. Al fin nos enviaron á un jardin del virey, y llegados allá encontramos á nuestros caballeros ingleses que habian sido entregados en rehenes cuando se hizo la traicion á nuestro general en San Juan de Ulúa, segun queda referido. Con ellos estaba tambien Roberto Barret, el maestre del «Jesus;» y en aquel encierro permanecimos trabajando y haciendo lo que nos mandaban, por tiempo de cuatro meses, sin mas racion que dos carneros diarios para cerca de cien hombres que éramos; y de pan recibiamos cada uno por dia dos piezas del tamaño de nuestros panes

1 El autor, que prefería la muerte á la esclavitud del obraje, olvidaba sin duda que habia comenzado su viaje ayudando á saltar negros para reducirlos á peor esclavitud.

de medio penique. Pasados los cuatro meses, y habiendo sido trasladados los caballeros rehenes y el maestro del «Jesus» á una cárcel en el propio palacio del virey, mandaron pregonar que cualquier caballero español que quisiese llevar algún inglés para su servicio, y se obligara á guardarlo y presentarle ante la justicia un mes des-

pues de requerido al efecto, viniera á escoger al jardin referido. Y apenas se hubo dado el pregon, acudieron muchísimos caballeros, y se tenia por mas dichoso el que mas presto conseguia llevarse á uno de nosotros.

(Continuará.)

## FIERRO Y ORO.

El periódico oficial de Michoacan publica la siguiente carta de Coahuacan:

«Julio 21 de 1869.—Sr. D. Antonio Espinosa.—Morelia.—Mi estimado amigo.—Adjunto á vd. un borrador de una invitacion que hizo el Sr. Guzman á varios de sus amigos, para que tomen parte en la empresa de fundiciones del acreditado fierro de este pueblo. El trabajo de la ferrería comenzó el día 28 del mes pasado, mediante mi pequeña cooperacion para animar á los empresarios. Todos los trabajos van bien, y es muy probable que para dentro de 15 dias esté convertido en pieza de servicio en el Estado de Colima el primer fierro que se fundirá á fin de la entrante semana. El director de esta empresa es hombre de accion y de un buen carácter. Yo tengo la conviccion de que ya esta empresa va á caminar con viento en popa.

«Respecto á los placeres de oro, hay esperanza de que, abiertos que sean los inmensos bosques que los defienden, se poblarán fabulosamente. Se va á realizar lo que dije en mis anteriores: compañías de extranjeros se van á radicar en el trabajo.

«El oro que se extrae en dichos placeres tiene por precio en el mismo lugar á 20 pesos la onza, y en Colima á 24 pesos, pues su ley es de mas de 24 quilates.

«Los hijos de Tacámbaro han mandado un comisionado que les lleve informes del estado en que se hallan dichos placeres. Yo he pedido á la autoridad política influya para que el comisionado vuelva de Chacapala bien informado. En otra diré á vd. el resultado de los datos que pide el ciudadano prefecto á sus amigos que se encuentran en el campo amarillo. Se cree que la extension de los placeres descubiertos hasta hoy comprende veinte leguas, con mas ó ménos interrupciones de otros minerales.

«Cuando esté desocupado remitiré una revista mineralógica, cuyos apuntes obran en mi poder. Por ahora diré á vd. que Coahuacan para agricultura y minerales tiene campos de incomparable estimacion. Se ha dado el caso de que quemando cal, al ser apagada ha dejado ver algunas cuentas gruesas de plata.»

Agosto de 1869.

## ENSAYO DE UNA HISTORIA DE MICHOACAN.

POR MANUEL PAYNO,

SOCIO DE NUMERO DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA Y ESTADÍSTICA.

Hace algunos años que escribí varios artículos relativos á la historia de Michoacan, y de los cuales tomó lo que le pareció conducente el Sr. Carbajal y Espinosa al publicar la «Historia antigua de México.» La reunion de estos artículos forma una especie de *ensayo* ó de *intento* de un compendio histórico especial de la nacion tarasca, tan poco conocida todavía entre nosotros. Los materiales de que me he servido son en la mayor parte manuscritos del archivo general y crónicas antiguas. No he adoptado ninguna de las narraciones del abate Brasseur de Bourbourg, sin hallarla confirmada con el testimonio de otros autores. Mi amigo el anticuario D. Manuel Orozco y Berra me ha hecho algunas indicaciones y señalado algunos documentos que consultar, pero no he querido ya emprender otro trabajo nuevo sino solo corregir y añadir el que ya tenia hecho, contentándome con anunciar la importancia que tendrá para nuestra historia el que se escriba una obra extensa, completa y verídica relativa á la importante monarquía de Michoacan. El Sr. Orozco, el Sr. García Icazbalceta y muchos distinguidos miembros de la «Sociedad de Geografía,» tienen abundantes y preciosos datos y capacidad suficiente para emprender un trabajo muy notable, y no dudo que lo harán. Yo me contentaré con

el mérito de haber dado el ejemplo y de haber tenido la audacia de iniciar una obra bien delicada y difícil.

México, Agosto 20 de 1869.—M. Payno.

### I.

Situacion, extension y fertilidad de Michoacan.—Pobladores primitivos.—Tradiciones muy antiguas.<sup>1</sup>

Este reino era mas extenso que el de Texcoco, y quizá todavía mayor que el imperio mexicano, en la época de su mayor poderío: comprendia varios señoríos independientes, en ciertos puntos, pero subordinados en lo mas al monarca de Michoacan, ó tributarios de él. Su figura era muy irregular, y parece que sus límites se ensanchaban, ó se reducian á medida que los pueblos *tarascos* y *otomíes* variaban de residencia, poblaban las tierras, ó invadian á los vecinos: sus linderos, sin embargo, estaban, si no definidos científicamente, bien

<sup>1</sup> Le llamaban los michoacanos así, por el mucho pescado que produce la laguna de Pátzcuaro, á cuyas orillas estaba la capital de esta monarquía independiente. La palabra se compone de la voz *michin*, «pescado,» y la terminacion *can*, «lugar,» ó de las palabras *michua*, «dueño de pescados,» y *can*, «lugar donde hay dueños de pescados.» Esta es la explicacion que da el padre Ignacio Paredes, en su «Compendio del Arte de la lengua mexicana;» pero parece mas natural, siguiendo al padre Molina, decir *Michuamacan*, cuya traduccion literal es «pescadería.» De esta voz se hizo tal vez la de *Michoacan*.